

X

El primer domingo de Agosto se hacía el inventario, que debía terminar por la noche. Desde por la mañana, todos estaban en sus puestos como si fuera día de trabajo, y comenzó la tarea con las puertas cerradas y el almacén vacío de compradores.

Dionisia no había bajado á las ocho con las demás. Retenida hacía cinco días en su cuarto por una torcedura que sufrió al subir á los talleres, estaba ya mucho mejor; pero como la señora Aurelia la mimaba, no se daba prisa, acabando de calzarse con trabajo. Pero estaba resuelta á bajar á la sección. Las habitaciones de las oficiales ocupaban todo el quinto piso de la nueva construcción, á lo largo de la calle Monsigny; había sesenta á los dos lados del corredor, muy cómodas, aunque sólo tenían catre de hierro, un armario y el lavabo. Dionisia, como segunda, tenía uno de los cuartos mayores, cuyas dos ventanas abrían á la calle. Como era más rica, ya se había permitido el lujo de un edredón cubierto de velo de guipur, una alfombrilla delante del armario y dos floreros azules, en los que había rosas, sobre el lavabo.

Cuando se calzó, probó á andar por la habitación. Tuvo que apoyarse en los muebles, porque vacilaba aún. Pero ya se calentaría el pié. Había rehusado una invitación para comer con el tío Baudu, y rogó á su tía que mandase por Pepé, que seguía en casa de la señora Gras. Juan, que había ido á verla la víspera, comía también en casa del tío. Continuó ensayando su pié, pensando acostarse temprano para dar descanso á la pierna, cuando la vigilante señora Cabin le dió una carta con aire de misterio.

Dionisia cerró la puerta, y sorprendida de la discreta sonrisa de aquélla, abrió la carta. Se puso pálida y cayó sobre una silla: la carta era de Mouret; en ella se felicitaba por el restablecimiento de Dionisia y la rogaba bajase á comer con él, puesto que

no podía salir. El tono de la carta era á la vez paternal y familiar, y no tenía nada de mortificante. Pero no era posible engañarse: el almacén sabía la verdadera significación de aquellos convites. Clara también había comido, como otras á quienes había distinguido el principal. Y después de la comida, como decían los dependientes murmuradores, venía el postre. Los ojos puros y claros de la jóven se iban coloreando poco á poco en sangre.

Cayó la carta sobre sus rodillas y latió violentamente su corazón. Dionisia se quedó mirando la viva luz que entraba por una de las ventanas. Debía haberse confesado aquello en aquel mismo cuarto en sus horas de insomnio: si temblaba ahora no era de miedo, y su antiguo malestar, su terror de otras veces, no podía ser más que la ignorancia de lo que era amor, la turbación de sus primeras ternuras en su sencillez de niña. No razonaba; sentía que le había amado siempre, desde la hora en que tembló y balbuceó delante de él. Le amó cuando le temió como amo severo, y cuando creyó amar á Hutin cediendo á impulsos de simple afección. Tal vez hubiera sido de otro, pero sólo hubiese amado á aquel hombre cuya mirada la imponía. Revivía su pasado, desarrollándose con claridad igual á la que entraba por la ventana: las durezas de otros tiempos, aquel dulce paseo bajo las sombras de las Tullerías, y el deseo con que la rodeaba desde su vuelta. La carta cayó al suelo y Dionisia se absorbió en la brillante luz que entraba por la ventana.

Llamaron en la puerta y se apresuró á coger la carta y guardarla en el bolsillo. Era Paulina, que haciendo una escapada de su sección, venía á charlar un rato.

— ¿Cómo vamos?

Estaba prohibido subir á los cuartos y encerrarse, dos sobre todo; Dionisia la llevó al extremo del pasillo, en donde estaba el salón de reunión: una galantería del director hacía aquellas señoritas, que así podían pasar la noche hasta las once. La pieza estaba decorada de blanco y oro con la sencilla desnudez de una sala de hotel, y tenía un piano, un velador en el centro y canapés y butacas forradas de blanco.

— Ya veis que puedo andar — dijo Dionisia. — Voy á bajar.

— ¡Bueno! — dijo la otra; — ¡eso es aplicarse! Yo me apoltronaría si encontrase un pretexto.

Se sentaron en un canapé. La actitud de Paulina cambió cuando su amiga ascendió á segunda de las confecciones. Había en su

cordialidad de buena muchacha, matices de respeto; algo como sorpresa de ver á la jóven insignificante en camino de hacer suerte. Dionisia la queria mucho y era su sola confidente entre las doscientas mujeres que dependian de la casa.

—¿Qué teneis?— preguntó vivamente Paulina al notar la turbacion de la jóven.

—Nada— dijo ésta tratando de sonreír.

—Sí, sí; algo teneis— repuso la otra.—¿Desconfiais de mí y no me contais ya vuestras penas?

Dionisia abrióse al fin á ella con la emocion que llenaba su pecho, y la dió la carta, murmurando:

—¡Tomad! Me ha escrito.

Nunca habian hablado abiertamente de Mouret; pero aquel silencio era como una confesion de sus preocupaciones. Paulina no ignoraba nada, y despues de leer la carta se acercó á Dionisia, la tomó la cintura y murmuró con dulzura:

—Si quereis que os sea franca, creo que esto es hecho. No os rebeléis: es seguro que todo el almacen lo cree como yo lo creia. Se os hizo segunda muy pronto. Luégo, él siempre cerca de vos, y esto abre los ojos.

La dió un beso en el cabello, y preguntó:

—¿Iréis á comer, naturalmente?

Dionisia la miró sin responder, y rompió en llanto de pronto, con la cabeza apoyada en el hombro de su amiga, que se quedó sorprendida.

—¡Vaya, calmaos! ¡No hay en ello nada que os deba alterar así!

—¡No, no; dejadme!— balbuceó Dionisia.—¡Si supierais qué pena tengo! No vivo desde que he recibido la carta... Dejadme llorar: esto me consolará.

Paulina procuró calmarla muy enternecida. Dijo que ya no veia el principal á Clara, y aunque se dijo que iba á casa de una señora, no estaba probado. Añadió que no se podia tener celos con un hombre de su posicion; tenia mucho dinero; era el amo, sobre todo.

Dionisia la escuchaba, y si no hubiese sentido su amor, el dolor que el nombre de Clara y la alusion á la señora Desforges le produjo, se lo hubiera hecho sentir. Oia la voz malévola de Clara, y veia con qué desprecio de dama rica la paseaba la otra por los almacenes.

—¿Iriais vos?— preguntó á Paulina.

—Sin duda— repuso ésta sin vacilar.—No se puede hacer otra cosa.

Luégo reflexionó, y añadió:

—Ahora no iria, porque voy á casarme con Baugé, y no estaria bien.

Efectivamente, Baugé habia dejado el *Bon-Marché* por *La Dicha de las Damas*, é iba á casarse en los primeros dias de Agosto. No le hacian gracia á Bourdoncle los matrimonios en la casa; pero ya tenian el permiso, y hasta esperaban obtener quince dias de permiso para la luna de miel.

—Ya lo veis— dijo Dionisia;— cuando un hombre os ama, se casa con vos, como Baugé.

Paulina se rió de buena gana, y tomándola otra vez por la cintura, la dijo:

—Pero no es lo mismo, querida. Baugé se casa conmigo porque es Baugé; es un igual mio, y se explica. ¡Pero el señor Mouret!.. ¿Es que el señor Mouret puede casarse con una empleada?

Rió más fuerte y dió otro beso en los cabellos de Dionisia. Su rostro y sus ojillos tiernos tenian aire de conmiseracion maternal. Luégo abrió el piano y tocó suavemente con un dedo *El Rey Dagoberto*, para alegrar la situacion sin duda. En la desnudez del salon, que parecia más vacío con las fundas blancas de los muebles, sonaban los ruidos de la calle y la melopea lejana de un vendedor de guisantes verdes. Dionisia, con la cara en el respaldo del canapé, se debatía en una nueva crisis de llanto que sofocaba con el pañuelo.

—¡Todavía!— dijo Paulina volviéndose.—No sois nada razonable. ¿Por qué me habeis traído aquí? Debimos habernos quedado en nuestro cuarto.

Se arrodilló ante ella y empezó á predicarla. ¡Cuántas quisieran estar en su lugar! Además, si la cosa no la gustaba, era muy sencillo: no tenia más que decir que no, sin enfadarse mucho. Pero reflexionaria: arriesgar su posicion por una negativa inexplicable... ¿Era tan terrible el asunto? El sermón acabó con bromas cuchicheadas alegremente. En esto sonó ruido de pasos en el corredor.

Paulina se levantó para atisbar por la puerta.

—¡Chist! ¡La señora Aurelia!— murmuró.—Me voy; enjugad vuestras lágrimas; nadie debe saberlo.

Dionisia se quedó sola, se levantó y secó las lágrimas. Con las manos trémulas por verse sorprendida sin hacer nada, cerró el piano que dejó abierto su amiga. Oyó á la señora Aurelia llamar en su cuarto y abandonó el salon.

— ¡Cómo! ¿estais levantada? — dijo la primera de la seccion. — Es una imprudencia, mi querida niña. Subia á ver cómo seguiais y á deciros que no haceis falta abajo.

Dionisia le aseguró que estaba mucho mejor, y que la sentaria bien ocuparse en algo y distraerse.

— No me cansaré; me instalais en una de las cajas y me ocuparé de los papeles.

Bajaron las dos. La señora Aurelia la hizo apoyarse previsora-mente en su brazo. Habia notado el enrojecimiento de ojos de la jóven, y la examinaba á hurtadillas. Estaba, sin duda, al corriente de muchas cosas.

Fué una victoria inesperada. Dionisia habia conquistado al fin toda la seccion. Humillada durante más de diez meses, en medio de sus sufrimientos, sin enfadarse por la mala voluntad de sus compañeras, las dominó en algunas semanas, viéndolas en torno de ella sumisas y respetuosas. La brusca ternura de la señora Aurelia la ayudó en aquella ingrata tarea de conquistar los corazones: se decia bajito que la primera de la seccion era la *comadre* del principal, á quien prestaba servicios muy delicados, y tomó tan calurosamente bajo su proteccion á la jóven, que esto debia servirla de especial recomendacion. Pero tambien ésta habia desplegado todo su encanto para desarmar á sus compañeras. La tarea era tanto más ruda, cuanto que tenia que hacerse perdonar su promocion al puesto de segunda. Las oficialas protestaban contra aquella injusticia, acusándola de haberlo ganado á los postes con el principal, y añadiendo cosas abominables. Pero á pesar de sus protestas, el puesto de segunda se imponia á ellas, y Dionisia conservó su autoridad de tal modo, que redujo á las más hostiles. Pronto halló quien la adulára entre las recién colocadas. Su dulzura y su modestia acabaron la obra. Margarita capitulaba, y sólo Clara se mostraba perversa, deslizandole la antigua injuria de *mal peinada*. Durante el corto favor de Mouret procuró sustraerse al trabajo con una pereza vanidosa; luégo ya no se enfadaba ni recriminaba, incapaz de sentir celos en el derrumbamiento galante de su existencia, contentándose con que la permitieran no hacer nada. Creia, sí, que Dionisia la habia robado

la seccion de la señora Federica. Nunca la hubiera aceptado á causa de su mucho trabajo; pero estaba picada por la falta de cortesía, pues tenia más títulos que la otra, y aún títulos anteriores.

— ¡Toma! ya sale la enferma — murmuró, viendo á la señora Aurelia llevando á Dionisia.

Margarita se encogió de hombros.

— ¡Si creeréis que es mentira! — dijo.

Daban las nueve. Fuera, el cielo, de un vivo azul, calentaba las calles; los coches rodaban hácia las estaciones, y la multitud engalanada se dirigia en busca de los bosques de las afueras. En el almacén, inundado de sol por las abiertas ventanas, el personal cautivo empezaba el inventario. Se habian quitado los botones de las puertas, y las gentes se paraban en la acera, mirando por los cristales y asombradas de aquella clausura, cuando todo era dentro actividad. De un lado á otro de las galerías, en las secciones, en los pisos, en todas partes se advertia el rápido pisar de los empleados, el levantar de brazos, el vuelo de los paquetes sobre las cabezas; todo entre una tempestad de gritos y de cifras cantadas que subian en eco ensordecedor. Cada una de las treinta y nueve secciones hacia su tarea aparte, sin cuidarse de las vecinas. Apénas se habian tocado las anaquelarias: sólo habia algunas piezas por tierra: tenia que forzarse la presion si se queria acabar por la noche.

— ¿Por qué bajais? — dijo Margarita cortesmente á Dionisia. — Os va á hacer daño, y aquí somos suficientes.

— Eso la dije yo — añadió la señora Aurelia; — pero ha querido ayudarnos.

Todas rodearon á Dionisia, y se interrumpió el trabajo. Se la cumplimentó y se oyó entre exclamaciones la historia de la torcedura. La señora Aurelia la hizo sentar en una caja, delante de un mostrador, y se convino en que se limitaria á sentar los géneros que se cantasen.

El domingo de inventario se buscaban todos los empleados capaces de manejar una pluma; los inspectores, los cajeros, los dependientes de escritorio, hasta los mozos de almacén, y se distribuian estos refuerzos de un día en las secciones para dar abasto al trabajo.

Dionisia se instaló cerca del cajero Lhomme y José el mozo, inclinados sobre grandes hojas de papel.

— ¡Cinco abrigos paño, forro piel, tercer tamaño, doscientos cuarenta! — gritaba Margarita. — ¡Cuatro idem, primer tamaño, doscientos veinte!

Comenzó el trabajo. Detrás de Margarita, tres oficiales vaciaban los armarios y sacaban el género, que daban á aquélla por paquetes, y cuando los contaba los arrojaba sobre el mostrador, donde iban formando pilas enormes.

Lhomme inscribía y José lo hacía en otra lista para la comprobación. La señora Aurelia, ayudada por tres oficiales, contaba por su parte los trajes de seda, que Dionisia anotaba en las hojas. Clara estaba al cargo del monton para ir arreglándolo, de modo que ocupase el menor espacio posible á lo largo del mostrador. Pero se ocupaba poco de ello, y los montones aumentaban.

— Decidme — preguntó á una oficiala bajita, admitida aquel invierno — ¿se os aumenta la asignacion? Ya sabeis que á la segunda se le van á dar dos mil francos, ó sean cerca de siete mil incluyendo su tanto por ciento.

La oficiala bajita dijo, sin dejar el trabajo, que si no la daban ochocientos francos dejaría la casa. Los aumentos se hacían al día siguiente del inventario: era la época en que se conocía la cifra de ganancias comparada con la del año anterior, y los jefes de seccion recibían su prima sobre el aumento que hubiera. Á pesar de la barahunda y el ir y venir, los chismes hacían su agosto. Se decía que la señora Aurelia cobraría más de veinticinco mil francos, cuya suma sobreexcitaba á aquellas señoritas; la mejor oficiala despues de Dionisia, Margarita, alcanzaría cuatro mil quinientos francos de su sueldo fijo, y cerca de tres mil francos de tanto por ciento, miéntras Clara apénas si tomaría dos mil quinientos en junto.

— Me incomodan sus aumentos — dijo ésta, dirigiéndose á la oficiala bajita. — ¡Si no fuese por mi padre, ya las dejaría yo plantadas! Lo que me exaspera más son los siete mil francos de ese conato de mujer... ¿Y á vos?

La señora Aurelia interrumpió bruscamente la conversacion, volviéndose con su aire majestuoso:

— ¡Callaos, señoritas! ¡No se oye una palabra!

Y siguió gritando:

— ¡Siete abrigos siciliana, primer tamaño, ciento treinta! ¡Tres pellizas, *surah*, segundo tamaño, ciento cincuenta!.. ¿Estais, señorita Dionisia?

— Sí, señora.

Clara tuvo que ocuparse de los montones de trajes apilados sobre el mostrador. Los manejó y dejó sitio, pero los abandonó para contestar á un dependiente que la buscaba. Era Mignot el guantero, que había hecho una escapada. La pidió veinte francos: ya la debía treinta que le prestó al día siguiente de unas carreras de caballos, despues de haber perdido su propio dinero. Esta vez se había comido la víspera su jornal, y no le quedaba un céntimo para el domingo. Clara sólo llevaba encima diez francos, que prestó de buena gana, y hablaron de una partida entre seis, hecha en un restaurant de Bougival, pagando las señoras su escote: esto era mejor para que todos fuesen á gusto. Mignot, que quería sus veinte francos, fué á rezar á la oreja de Lhomme. Enfrascado éste en sus escrituras, pareció presa de gran turbacion. No se atrevió á negar, y buscaba una pieza de diez francos en su portamonedas, cuando extrañando la señora Aurelia no oír la voz de Margarita, que tuvo que pararse, apercibió á Mignot y comprendió. En seguida le envió enhoramala á su seccion, diciéndole que á asunto de qué iba á distraer á aquellas señoritas. Lo cierto era que temía al jóven, grande amigo de su hijo Alberto, cómplice de calaveradas que temía acabáran mal un día. Cuando Mignot se fué con sus diez francos, no pudo ménos que decir:

— ¡Que os dejeis engañar de esa manera!

— Pero, hijita, si no pude negar que...

Ella le cortó la palabra con un encogimiento de sus gruesos hombros, y como viese que las oficiales contemplaban socarronamente aquella explicacion de familia, dijo severamente:

— No dormirse, señorita Margarita: sino no acabaremos nunca.

— ¡Veinte paletots, doble cachemira, cuarto tamaño, diez y ocho francos cincuenta! — dijo Margarita con su voz cantante.

Lhomme escribía de nuevo cabizbajo. Poco á poco había llegado á cobrar nueve mil francos, pero seguía humilde ante la señora Aurelia, que lograba siempre el triple.

Durante un momento, marchó el trabajo. Las cifras volaban y los paquetes de trajes llovían sobre las mesas. Clara había encontrado otra distraccion: embromaba al mozo José sobre sus amores con una señorita de la seccion de muestrarios. Ésta tenía veintiocho años, era alta y flaca, y la protegía la señora Desforges, que quiso que Mouret la tomara como oficiala, contándole una historia conmovedora. Una huérfana, la última de los Fontenai-

lles, caída sobre París con un padre borracho y que había permanecido honrada en aquel pueblo de perdición; su rudimentaria educación no la servía desgraciadamente para ser institutriz ó maestra de piano. Á Mouret no le gustaban estas recomendaciones por jóvenes pobres: «Son — decía — las criaturas más incapaces, más insoportables y más faltas de espíritu.» Además, una oficiala de venta no se improvisaba: necesitaba cierto aprendizaje, como oficio complejo y delicado que era. Tomó, no obstante, á la protegida de la señora Desforges, y la mandó á los muestrarios, como había mandado al servicio de publicidad á dos condesas y una baronesa, por servir á los amigos, las que se ocupaban en hacer fajas y sobres.

La señorita de Fontenailles ganaba tres francos diarios, que apenas la bastaban para vivir en su cuartito de la calle de Argenteuil. Al verla triste y pobremente vestida, José, hombre tierno bajo su rudeza de ex-soldado, sintió conmovirse su corazón. No lo confesaba, pero se ponía colorado cuando aquellas señoritas le embromaban con ello.

Los muestrarios estaban en una sala cercana á la seccion, y le habían sorprendido rondando cerca de la puerta.

— José se distrae — murmuraba Clara. — Su nariz se vuelve hácia la lencería.

Se había requisado á la señorita de Fontenailles para ayudar en el inventario de la seccion de equipos de novia, y como el mozo echaba continuas miradas hácia ella, las señoritas se reían. Él se turbó y se enfrascó en las hojas de papel, mientras Margarita gritaba más alto para sofocar la risa que le retozaba en la garganta:

— ¡Catorce chaqués, paño inglés, segundo tamaño, quince francos!

La señora Aurelia, con la voz profunda y aire majestuoso,

— Más bajo, señorita — dijo — no estamos en el mercado. Sois muy poco juiciosas al entreteneros en chiquilladas cuando el tiempo es tan precioso.

Como Clara no se cuidaba de los montones, se produjo en ellos una catástrofe. Los abrigos vacilaron y cayeron sobre el mostrador y sobre la alfombra, unos sobre otros.

— ¡No lo decía yo! — gritó la primera fuera de sí. — ¡Poned más cuidado, señorita Clara, porque esto es insoportable!

Se oyó un rumor; acababan de aparecer Mouret y Bourdoncle,

que hacían su ronda. Las voces bajaron de tono, la plumas corrieron, y Clara se dió prisa á arreglar la catástrofe. El principal no interrumpía el trabajo. Estuvo algunos minutos mudo y sonriente, y únicamente sus labios tenían un estremecimiento febril en su rostro alegre y victorioso de los días de inventario. Pareció asombrarse al ver á Dionisia. ¡Había bajado! Sus ojos buscaron los de la señora Aurelia, y despues de un momento de vacilacion, se alejó hácia la seccion de equipos de novia.

Advertida Dionisia por el rumor levantó la cabeza, y al ver á Mouret volvió á inclinarse sencillamente sobre los papeles. Desde que se puso á escribir maquinalmente entre la enumeracion regular de los géneros, se fué tranquilizando poco á poco. Cedia siempre al primer impulso de su sensibilidad, la pasión la ahogaba; luego obraba la razón y recobraba el valor, y sentía en sí una fuerza de voluntad firmísima. Estaba ya, pues, con los ojos secos y el rostro pálido, sin un solo estremecimiento, aplicada al quehacer y resuelta á fustigar el corazón y no hacer más que lo que quisiera.

Dieron las diez y la barahunda del inventario caldeaba las secciones. Y entre los gritos incesantes que se cruzaban por todas partes, la misma noticia circulaba con una rapidez sorprendente; cada dependiente sabía que Mouret había escrito á Dionisia aquella mañana invitándola á comer. Paulina había sido indiscreta; al volver á bajar, emocionada aún con la escena con Dionisia, encontró á Deloche en los encajes, y sin tener en cuenta que hablaba con Lienard, le habló y le contó todo.

— Esto es hecho, querido. Acaba de recibir la carta y la invita para esta noche.

Deloche se puso pálido. Comprendió, porque hablaban todos los días de su comun amiga, aquel exceso de ternura de Mouret y la invitacion famosa que sería el desenlace de la aventura. Paulina le reconvinó su secreto amor por Dionisia, de la que jamás poseería un dedo siquiera, y se encogió de hombros al ver que Deloche aprobaba la resistencia de la joven.

— Su pié va mejor; ya ha bajado — siguió ella; — no pongais esa cara de desenterrado. Despues de todo, eso es una suerte para ella.

Dicho lo cual se dió prisa á volver á su seccion.

— ¡Ah! — dijo Lienard que había oído. — Se trata de la señorita de la torcedura. Teneis razón en daros prisa, ya que la defendiais ayer en el café.

Se fué á su vez, pero al entrar en las lanerías contó la historia de la carta á cuatro ó cinco dependientes. Y desde allí dió la vuelta á los almacenes en ménos de diez minutos.

La última frase de Lienard se refería á una escena ocurrida la víspera en el café Saint-Roch. Lienard y Deloche no se separaban al presente. Deloche había tomado en el hotel de Smyrne el cuarto de Hutin cuando éste, nombrado segundo de seccion, alquiló para sí tres piezas, y desde entónces los dos dependientes iban juntos al almacén y salían juntos por la noche.

Sus cuartos, que estaban juntos, daban al mismo pasillo oscuro, una especie de pozo estrecho, cuyos malos olores envenenaban el hotel. Se llevaban bien á pesar de su semejanza moral, comiendo el uno el dinero que sacaba á su padre; el otro sin un cuarto, torturado por ideas económicas. Ambos tenían un punto de contacto: su mala ventura como dependientes, que les hacía vegetar en sus mostradores sin ascender. Cuando salían del almacén se iban al café Saint-Roch, vacío de parroquianos durante el día y lleno hácia las ocho y media de gran número de empleados de comercio que desbordaban hasta la calle por la ancha puerta de la plaza Gaillon. Surgía de allí un ruido atronador de fichas, de risas, de voces, entre la densa humareda de las pipas. Lienard pedía cosas caras, mientras Deloche se contentaba con un *bock*, que paladeaba cuatro horas. Allí oyó hablar á Favier en una mesa próxima contando horrores de Dionisia, el modo como había *flachado* al principal, torciéndose un pié al subir una escalera delante de él. Se contuvo para no pegarle; pero el otro siguió diciendo que la chica bajaba por las noches á ver á su amante, y entónces le trató de embustero, fuera de sí de cólera.

— ¡Grosero! ¡Miente, miente! ¿Lo oís?

Y en su emocion hizo confesiones con la voz temblona:

— ¡Yo la conozco y lo sé bien... jamás ha sentido nada por otro hombre que el señor Hutin, y aún éste no puede alabarse de haberla tocado la punta de un dedo!..

La relacion desfigurada de este altercado se comentaba en los almacenes, cuando circuló la historia de la carta de Mouret. Á quien primero confió Lienard la noticia fué á uno de los dependientes de la seda. Entre los *sederos* se daba prisa al inventario. Favier y otros dos, subidos en taburetes, vaciaban los anaqueles pasando las piezas á Hutin, quien de pié sobre una mesa cantaba las cifras consultando las etiquetas; luego arrojaba las piezas al

suelo, que se llenaba poco á poco, subiendo como una marea de otoño. Alberto Lhomme les ayudaba, con el rostro adormilado por una noche pasada de bureo en Batignolles. Una cascada de sol caía por la claraboya, que permitía ver un pedazo de cielo azul.

— ¡Corred los toldos! — gritó Bouthemont, ocupado en vigilar el trabajo. — ¡Este sol es insoportable!

Favier, en actitud de alcanzar una pieza, gruñó sordamente:

— ¡Encerrar á la gente con tan buen tiempo! No hay cuidado de que llueva en día de inventario, y se os cierra bajo llave cuando todo París se pasea...

Dió la pieza á Hutin. En las etiquetas se indicaba la medida rebajando lo vendido, lo que simplificaba la operacion. El segundo gritó:

— ¡Seda fantasia á cuadritos, veintiun metros, seis francos cincuenta!

La seda fué al monton del suelo, y continuó Hutin una conversacion empezada con Favier.

— Luego ¿quiso pegaros?

— Sí; yo bebía tranquilamente mi *bock*. No valía la pena de desmentirme, pues la niña ha recibido esta mañana carta del principal convidándola á comer... Todos hablan de ello.

— ¡Eso no es aún un hecho!

Favier le dió otra pieza.

— ¡Hubiera puesto la mano en el fuego! Eso parecía cosa antigua.

— ¡Idem, veinticinco metros! — gritó Hutin.

Se oyó el golpe sordo de la pieza cuando añadía en voz baja:

— Debe haber empezado su aprendizaje en casa de ese viejo loco de Bourras.

Toda la seccion se regocijó sin interrumpir el trabajo. Se oía el nombre de la jóven y todos se aplicaban á la murmuracion. El mismo Bouthemont, aficionado á los chismes picarescos, no dejó de deslizar una broma de mal gusto que hizo efecto. Alberto, dispierto ya, juró haber visto á Dionisia entre dos militares en el Gros-Caillou. Bajaba entónces Mignot con los veinte francos prestados. Se detuvo junto á Alberto, deslizándole diez francos y citándole para la noche: una jarana proyectada y diferida por falta de dinero, y que ya era posible á pesar de lo escaso de la suma. Pero cuando el bello Mignot supo lo de la carta, hizo una observacion tan grosera, que Bouthemont tuvo que intervenir:

— ¡Basta, caballero! Eso no nos importa. Vamos, señor Hutin.
— ¡Seda fantasía á cuadritos, treinta y dos metros, seis francos cincuenta! — gritó el último.

Las plumas rasguearon de nuevo, cayeron regularmente los paquetes, subía la marea de telas, como si allí se hubiese detenido el deshielo de un río. La enumeración de sedas de fantasía no cesaba. Favier hizo notar á media voz que el *stock* era bonito. La Dirección estaría contenta con aquel animal de Bouthemont, que era el primero para comprar, pero que era una nulidad para la venta. Hutin sonreía encantado, y aprobando con una sonrisa amistosa, porque habiendo introducido él en *La Dicha* á Bouthemont con objeto de minar el terreno á Robineau, le minaba á su vez para ocupar su plaza. Era la misma guerra que la otra vez: insinuaciones pérfidas deslizadas en los oídos de los jefes, excesos de celo á fin de hacerse valer; toda una campaña llevada con afable habilidad. Favier, con quien Hutin había vuelto á ser condescendiente, le miraba de reojo y con la bilis en el rostro, como si contase los bocados que daba para comerse á Bouthemont, y esperando comérsele á su vez. Esperaba obtener la plaza de segundo si el otro recibía la de jefe de sección. Después ya se vería. Ambos hablaban, influidos por la fiebre que corría de lado á lado en los almacenes, de los ascensos probables, sin dejar de cantar el *stock* de las sedas de fantasía. Era probable que Bouthemont llegaría á treinta mil francos aquel año; Hutin pasaría de diez mil, y Favier estimaba el sueldo y el tanto por ciento en cinco mil quinientos. Cada año subían los negocios de la sección: los dependientes subían por grados y doblaban sus sueldos, como los militares en tiempo de guerra.

— ¿Pero no acabamos con esas sedas? — dijo bruscamente Bouthemont con aire aburrido. — No se han comprado más que sedas negras.

Su grueso rostro se oscurecía, y miraba aumentar el montón, mientras Hutin se reía alto, con voz sonora y como triunfante:

— ¡Seda fantasía á cuadritos, veintiocho metros, seis francos cincuenta!

Quedaba una anaquelera entera.

Favier tenía los brazos deshechos é iba más despacio. Al dar las últimas piezas á Hutin, le dijo bajito:

— Decidme... ¿sabeis que la segunda de las confecciones tuvo locura por vos?

El joven pareció sorprenderse.

— ¡Otra! ¿Cómo es eso?

— Sí; ese ganso de Deloche nos lo dijo, y me acuerdo de que en otro tiempo os miraba con gusto.

Desde que era segundo, había dejado Hutin á las cantantes de café-concierto, dedicándose á las institutrices. Halagado en el fondo, respondió con aire de desprecio:

— Me gustan mejor vestidas, querido, y no me voy con todas, como el principal.

Y se interrumpió para gritar:

— *Ponet* de seda blanca, treinta y cinco metros, ocho francos setenta y cinco.

— ¡Ah, por fin! — murmuró Bouthemont.

Sonó una campana: era la segunda mesa, de que formaba parte Favier. Bajó del taburete, donde le reemplazó otro dependiente, y tuvo que pisar el montón de piezas de seda. En todas las secciones se veían montones semejantes; las anaqueleras, las cajas de cartón y los armarios se vaciaban poco á poco, mientras el género desbordaba por todas partes, bajo los piés, entre los mostradores y las mesas en corriente continua. En la ropa blanca se oían las pesadas caídas de las pilas de *calicot*; en la mercería era un ligero rozar de cajas, y se oían rodajes lejanos de la sección de muebles. Todas las voces estallaban á un tiempo, unas agudas y profundas otras; silbaban las cifras en el aire, y un clamor inmenso tronaba en la inmensa nave, como el de los bosques en Enero cuando el viento se quiebra en las ramas.

Favier llegó al fin á la escalera de los refectorios. Desde el sanche de *La Dicha de las Damas*, éstos estaban en el cuarto piso de la nueva construcción. Como se había dado prisa alcanzó á Deloche y Lienard, que habían subido antes que él, y entonces se detuvo para unirse á Mignot, que iba detrás.

— ¡Diablo! — dijo en el corredor de la cocina, delante del cuadro en que se inscribía el *menu*. — ¡Ya se conoce que estamos de inventario! ¡Fiesta completa! ¡Pollo ó asado de carnero y alcachofas en aceite! ¡Buen traje va á llevar su asado!

Mignot se reía forzosamente, murmurando:

— ¡Parece que hay epidemia en la volatería!

Entre tanto, Deloche y Lienard habían tomado su ración y se fueron. Favier se inclinó sobre la mesilla de la cocina, y dijo en voz alta:

— ¡Pollo!

Pero tuvo que esperar, porque uno de los mozos que trinchaban se había cortado un dedo, lo que produjo cierta perturbación. Quedóse con la cara en la mirilla, observando la cocina, instalada en grande, con su horno central, con dos rails en el techo que llenaban por medio de poleas y cadenas las colosales marmitas que no levantarían cuatro hombres. Los cocineros, con sus trajes blancos sobre el fondo rojo del hogar, vigilaban el condimento de la noche, subidos en escalas de hierro y armados de espumaderas con largas asas. Contra la pared estaban los asadores, las cacerolas para el carnero, un calentador monumental, y un fregadero de mármol, que se llenaba por un hilo de agua continuo. Á la derecha, un lavadero, recipientes de piedra para las aguas sucias, grandes como piscinas, y al otro lado una alacena, en que se veían carnes rojas, una máquina para pelar patatas, funcionando con el tic-tac de un molino, y dos carretillas con verduras, que los marmitones refrescaban bajo la fuente.

— ¡Pollo! — repitió Favier impaciente.

Y añadió, volviéndose, en voz baja:

— Uno se ha cortado, y eso es una porquería, porque se mezcla con la comida.

Mignot quiso verlo. Los dependientes comían y se reían. Entre tanto los dos jóvenes, con la cabeza en la mirilla, se comunicaban sus reflexiones ante aquella cocina de falansterio, en la que los más pequeños utensilios, hasta las escobas, eran gigantes. Había que servir dos mil almuerzos y dos mil cenas, sin contar con que los empleados aumentaban cada semana. Era aquello una sima que se tragaba en un día diez y seis hectólitros de patatas, ciento veinte libras de manteca, y en cada comida había que poner tres barriles á espita abierta, que vaciaban setecientos litros sobre el mostrador de la cantina.

— ¡Al fin! — exclamó Favier cuando apareció el cocinero con una fuente, en la que trinchó un pollo.

— ¡Pollo! — dijo Mignot.

Y entraron los dos con sus tenedores en el refectorio, después de tomar su ración de vino en la cantina, mientras á sus espaldas sonaba la palabra *pollo* con regularidad, y se oía el trinchante del cocinero partir los trozos con movimientos rápidos y cadenciosos.

Entonces era el refectorio una inmensa sala en que cabían los

quinientos cubiertos de las tres series cómodamente. Los cubiertos estaban sobre largas mesas de caoba colocadas paralelamente á lo largo; á los extremos, y en mesas parecidas, estaban los sitios de los jefes de sección é inspectores; en medio había un mostrador para los extraordinarios. Grandes ventanas á derecha é izquierda alumbraban vivamente la galería, cuyo techo, á pesar de sus cuatro metros de elevación, parecía bajo. Después de este primer refectorio había otro para los mozos de almacén y cocheros, cuyas comidas se servían irregularmente, á medida que el servicio lo reclamaba.

— ¡Cómo! ¿también á vos os ha tocado muslo? — dijo Favier cuando se sentó en una de las mesas frente á su compañero.

Otros dependientes se sentaron cerca. No había mantel; los tenedores hacían seco ruido sobre la caoba. En aquel rincón todo eran exclamaciones, porque el número de muslos de pollo era prodigioso.

— ¡Estas aves sólo tenían patas! — hizo notar Mignot.

Los que sólo tenían armazones de ave se enfadaron. La alimentación había mejorado desde el ensanche. Ya no contrataba Mouret con un proveedor por una suma fija; dirigía la cocina, de la que había hecho un servicio organizado como una de sus secciones, con jefe, subjefes y un inspector, y si gastaba más, en cambio obtenía mayor suma de trabajo del personal, mejor alimentado, cálculo de humanitarismo práctico, que escandalizó mucho á Bourdoncle.

— ¡Vamos, el mio está tierno! — dijo Mignot; — dadme el pan.

El pan, enorme, dió la vuelta, y cuando el último cortó su rebanada, clavó el cuchillo en la miga. Algunos retrasados entraban en fila, sentándose con un apetito feroz, aumentado por el trabajo de aquel día. Era un rumor creciente de tenedores, de *glu-glu* de botellas que se vaciaban, choques de vasos dejados vivamente, ruido de quinientas mandíbulas sólidas mascando con energía. Las palabras, raras aún, se ahogaban en las bocas llenas.

Deloche, sentado entre Baugé y Lienard, se encontraba casi frente á Favier: los dos se lanzaron una mirada rencorosa. Los vecinos cuchicheaban sobre la disputa de la vispera. Luégo se rieron de la mala suerte del siempre hambriento Deloche, que caía por una especie de hado adverso sobre la peor ración. Aquel día traía un cuello de pollo y un trozo de armazón. Él dejó bromear en silencio, tragando buenos bocados de pan sin atarugar-

se, con el arte de un buen mozo que profesa el culto del comer.

—¿Por qué no reclamais?— dijo Baugé.

Él se encogió de hombros. ¿Para qué? Era peor, porque si no se aguantaba podía irle peor.

—Ya sabeis que los cordoneros tienen ahora su club— dijo Mignot de pronto;—bueno... el *Cordon-Club*. Está en casa de un vinatero de la calle Saint-Honoré, que les alquila los sábados una sala.

Habló de los dependientes de la mercería y toda la mesa se animó. Entre bocado y bocado, con la voz aún no clara, cada uno dijo una palabra y añadió un detalle; allí no había más que lectores obstinados que se quedaban lelos con la nariz metida en un periódico. Se convino en que cada vez eran mejores los empleados de comercio. Al presente, cerca de la mitad hablaban inglés ó alemán. El *chic* no era ir á caza vedada á Bullier ó silbar á las cantantes feas en los cafés, sino reunirse una veintena y fundar un círculo.

—¿Tienen piano como los lenceros?— preguntó Lienard.

—¡Ya lo creo que tiene piano el *Cordon-Club*!— dijo Mignot. —Tocan y cantan, y hasta hay quien, como el pequeño Bavoux, lee versos.

Aumentó la algazara y se rió á costa del pequeño Bavoux. Se tenía consideración con las risas. Luego se habló de una pieza del Vaudeville en que uno hacía un papel muy feo; muchos se cansaban y otros se preocupaban de la hora á que se les soltaría á la noche, porque tenían que ir de reunión. De todos los puntos de la gran sala partían conversaciones semejantes, entre el ruido creciente de la vajilla. Para desvanecer el olor á comida que despedían los quinientos cubiertos, se abrieron las ventanas, cuyas cortinas ardían al pesado sol de Agosto. Hábitos ardientes venían de la calle, y reflejos de oro amarilleaban el techo, bañando en luz roja á los que comían sudorosos.

—¡Vaya, que encerrarnos un domingo con este tiempo!— repetía Favier.

Esta reflexión hizo pensar en el inventario. El año era soberbio y se llegó á las primas y los ascensos, el tema eterno, la cuestión palpitante que á todos interesaba. Cuando había volatería se declaraba la sobreexcitación y el ruido se hacía insoportable. Cuando los mozos trajeron las alcachofas en aceite, nadie se entendía. El inspector de servicio tenía orden de ser tolerante.

—Á propósito—dijo Favier—¿sabeis la aventura?

Tenía la voz insegura. Mignot preguntó:

—¿Á quién no le gusta la alcachofa? Vendo mi postre por una alcachofa.

Nadie respondió; á todos gustaba la alcachofa. Aquella comida se contaría entre las mejores: se habían visto albérchigos para postre.

—La ha convidado á comer—decía Favier á su vecino de la derecha acabando su relato.—Pero ¿no lo sabiais?

Toda la mesa lo sabía, y se estaba cansado de hablar de ello desde por la mañana. Las mismas bromas pasaron de boca en boca. Deloche palideció, y sus ojos acabaron por fijarse en Favier, que repetía con insistencia:

—Si no la ha conseguido, la conseguirá, y no le sacaré el producto, no.

También él miraba á Deloche, añadiendo con aire provocativo:

—Los que gusten de huesos pueden tenerla por cinco francos.

Bajó bruscamente la cabeza porque Deloche, cediendo á un movimiento irresistible, acababa de tirarle á la cara su último vaso de vino, gritando:

—¡Toma, embustero indecente! ¡Ya debí habértelo tirado ayer!

Aquello fué un escándalo. Algunas gotas alcanzaron á los vecinos de Favier, que sólo tenía el pelo ligeramente mojado; el vino, lanzado por mano muy ruda, había ido al otro lado de la mesa. La gente se irritó: ¿dormía con ella para defenderla así? Aquel bruto merecía un par de bofetadas para aprender á conducirse. Bajaron las voces al acercarse el inspector, porque era inútil mezclar á la Administración en aquello. Favier se limitó á decir á media voz:

—¡Si me llega á dar, hubierais visto qué baile!

Todo acabó en algazara. Cuando Deloche, temblón aún de ira, quiso beber para serenarse, cogiendo maquinalmente su vaso vacío, estallaron las risas. Dejó sencillamente el vaso y se puso á chupar las hojas de la alcachofa que había comido.

—Pasad la botella á Deloche—dijo tranquilamente Mignot.— Tiene sed.

Redoblaron las risas. Aquellos señores dejaban los tenedores en pilas de trecho en trecho, mientras los criados paseaban el postre de albérchigos en cestas. Volvieron á reirse cuando Mignot añadió: